

NOTICIAS DE LIBROS

RAFAEL CALDERA: *Justicia social internacional y nacionalismo latinoamericano*. Seminarios y Ediciones, S. A., Madrid, 1973, 183 pp.

Siendo Rafael Caldera presidente de la República de Venezuela reunió en este libro una selección de extractos de conferencias y discursos, que tuvieron una continuidad de enfoques y de aspectos. Esencialmente éstos se refirieron a dos temas principales. Fueron ambos, sobre todo, de enfoques netamente internacionales.

El primero de ambos grandes temas tuvo intenciones en cierto modo «anticolonialistas» (con aplicaciones a toda Hispanoamérica). Fue la exigencia de la existencia de la más sincera y completa justicia social interestatal, referida a las relaciones entre los llamados «países ricos» y los llamados «países pobres». Ampliando esto hasta referirse al conjunto de los pueblos en trance de desarrollo, Rafael Caldera llamaba la atención hacia la anomalía de que el principio jurídico de la justicia social no haya encontrado hasta ahora aplicación más que en el derecho interno de los Estados; mientras que el individualismo es cada vez mayor, al actuar las grandes potencias dentro de una competencia de egoísmos en que los más fuertes sólo imponen sus peculiares intereses.

Ante esta falta de justicia social internacional Rafael Caldera pone en pie su segundo tema básico; es el que él denomina «nacionalismo latinoamericano». Esencialmente dicho tema viene a poder ser considerado como el primero, pues a él se

subordinan todos los razonamientos de la exposición. El ex jefe del Estado de Venezuela proclama en su libro que para lograr la plenitud de la independencia y la soberanía es totalmente indispensable la integración de los diferentes pueblos de Hispanoamérica, en una comunidad pluralista con finalidad constructiva y pacífica.

Respecto a la idea de la justicia social internacional, ha de tenerse en cuenta que fue el tema constantemente planteado por Rafael Caldera; no sólo dentro de Venezuela, sino en Washington, Bogotá, Chicago, etc.; ante los auditorios más diversos. Reiteró la misma idea desde el ejercicio del Gobierno; tanto en reuniones internacionales que se celebraron en Venezuela como en el intercambio de opiniones con otros jefes de Estado. Y es también la idea base de su libro, que está consagrado a estimular los factores activos de las posibilidades unitarias iberoamericanas.

El hecho de que la mayor parte de los países del mundo reconsideren ya la existencia evidente de una poderosa corriente de nacionalismo en los países hispanos de filiaciones hispana y lusitana se presenta como un paso positivo. También el hecho de que dentro de los diversos países iberoamericanos no hayan sido obstáculos para el fortalecimiento del unitarismo, las diferencias de los pensamientos políticos de unos y otros países, las de sus organizacio-

nes estructurales, o las de las maneras de ejercer el poder. Por esto se ha lanzado la tesis de la «solidaridad pluralista» del nacionalismo iberoamericano (o «latinoamericano», según dice Caldera). Con unos propósitos tan lógicos como, por ejemplo, los económicos de uniones directas entre países productores; librándose así de explotaciones extrañas.

En cuanto a la distribución de materias en los capítulos del libro, éstas forman tres grupos. Es decir, el titulado «América Latina y el cambio de estructuras», otro «Exigencias de la integración latinoame-

ricana», y el último sobre «Justicia Social Internacional».

Sobre todo ello planea y destaca en la obra del destacado hombre público venezolano el sentimiento espiritual de todo lo que representa para la unidad de los países que ya soñó Bolívar con integrar y fundir la posesión de un lenguaje común. Y dice que «felizmente el castellano se ha mostrado apto para acompañar al hombre en esta mutación radical que las nuevas formas de vida le imponen».

R. G. B.

MOHAMED HEIKAL: *Los documentos de El Cairo (De los archivos secretos de Gamal Abdel Nasser)*. Lasser Press, Inc., Panamá, 1972, 292 pp.

El autor es el conocido gran amigo y principal confidente del desaparecido presidente Nasser. Director del más importante periódico egipcio *Al Ahram*, sigue conservando un fuerte ascendiente en la política egipcia y en su actual presidente Sadat. Sus declaraciones suelen considerarse cuando menos como oficiosas. No es de extrañar que de diversos lados se le invitara y hasta presionara para que escribiera una biografía del difunto Rais. Pero tampoco es de extrañar que siguiendo siendo lo que es, es decir, desempeñando lo que desempeña, esta biografía fuera factible. El lector que a ello aspire, mejor hará dirigiéndose a otras fuentes, alguna de las cuales es notable. En este sentido de eludir compromisos, o de exponerse a airear lo que sigue siendo tanto política actual como secreto de Estado vigente, Heikal es claro y explícito. No esperemos maravillas al respecto. Un hombre del sistema tiene sus límites: los límites del tabú y de la diplomacia. Esta obra se reduce a exponer las relaciones personales de Nasser con once hom-

bres, «gigantes del escenario internacional», a los que le unió el conflicto, la amistad o ambos. El autor esboza al propio Nasser. Las figuras examinadas son: Foster Dulles, Eden, Kruschew, Hammarskjöld, Kennedy, Johnson, Guevara, Chou En-lai, Erhardt, Tito y Nehru.

Pero una cosa es que éstas sean las figuras focales y otras que la historia se agote con ellos. En efecto, a lo largo y ancho de la obra salen todo tipo de situaciones políticas y personales, a veces a nivel de anécdotas reveladoras, que involucran a docenas y docenas de personajes importantes. Así se explica la aparición de algunos líderes árabes (cuyo tratamiento como figura focal debe, sin duda, ser tabú), al igual que del Africa negra (Nkrumah, que se esfumó del poder antes que Nasser, no merece un puesto de honor, como tampoco Sukarno). Los líderes soviéticos que heredaron a Kruschew tendrán que vislumbrarse o extraerse un poco de todas partes. Si la temática de 1967 no se aclara, se dan pistas para ello, pero en estos casos, más

que proceder a adivinanzas, es preferible acudir a otras obras. Pero precisamente por la enorme difusión de situaciones y de nombres de personajes públicos manejados, se hacía imprescindible un índice.

La cantidad de información suministrada es grande, aunque no necesariamente medular. Pero me temo que el lector tendrá que absorber ciertas dosis como puede absorber un dogma de fe. Se toma o se deja. Así, con Che Guevara, que se confesó con Nasser, sabemos que muchas cosas no habían marchado bien con Fidel Castro: había introducido al comunismo a su hermano Raúl, afiliándolo al partido comunista, sin conocimiento del líder, ocultándose, al tiempo que declaraba que en ocasiones había tenido dudas sobre las convicciones sociales de Castro. Pero remontándose esto en los primeros tiempos revolucionarios, puede ser perfectamente cierto. De Chou En-lai sabemos que en 1965 la política china hacia lo imposible por atraer al máximo de americanos a Vietnam, precisamente para tenerlos de rehenes en caso de un ataque nuclear contra China: a más americanos en el atoladero, menos posibilidades atómicas. Pero aquí la profunda interpretación es la historia de la zorra y las uvas, parece. Descubrimos el tremendo

despiste militar existente en los planes egipcios para la defensa del canal de Suez en 1956, y toda la contradictoria improvisación. Cómo la decisión de Nasser de no dejar participar al primer ministro congoleño Tshombé en la Conferencia de No Alineados en El Cairo, inmovilizándolo en el hotel, planteó problemas no sólo de Derecho internacional, sino también consultas al oráculo —a Nehru, ya fallecido—. «¡Me pregunto qué habría dicho Nehru si hubiese estado con nosotros!», fue la reacción de Tito.

Casi todas ellas son pequeñas historias, pero historias que hacen comprensible la gran historia. Una historia de inconexas historietas que demuestran cómo las grandes decisiones políticas se toman a veces por hombres esclavos de lo nimio, de lo exótico, de lo pasional, pero también como hombres amigos y entrañables tienen que consentirse golpes bajos en nombre del interés supremo, interés supremo que no pocas veces ellos mismos han configurado. Este es un libro de todo esto. Un libro que se leerá con interés por el conocedor del tema, pero que será de semiutilidad al que por primera vez se aproxime a él.

T. M. V.

JOHN BARRATT and MICHAEL LOUW: *International Aspects of overpopulation*. Macmillan, St. Martin's Press, London, 1972, 334 pp.

Los efectos producidos sobre la política internacional por los excesos demográficos que se han llamado «explosión de la población», fueron el objetivo de un congreso celebrado en la sudafricana ciudad de Johannesburgo, y en el cual tomó parte un considerable número de expertos de países de Europa, Asia, Hispanoamérica y Africa. Muchos de ellos eran especialistas

precedentes de universidades prestigiosas, y otros representaban a un gran número de asociaciones distintas (en gran parte económicas). El Congreso fue organizado por el «South African Institute of International Affairs»; organización cuya finalidad consiste en promover un conocimiento más amplio de las cuestiones internacionales, por medio de lecturas, cursillos y coloquios.

El referido congreso tuvo lugar con motivo de haberse cumplido el centenario del nacimiento de Jan Christian Smuts, que fue famoso primer ministro de la Unión Sudafricana. Después de las presentaciones de trabajos, y los debates cambiando impresiones, fue decidido publicar en un volumen los veintitrés estudios más representativos. En el libro presentado por el director del citado Instituto Sudafricano de Asuntos Internacionales, John Barratt, y por Michael Louw, jefe del Departamento de Relaciones Internacionales en la Universidad de Witwatersrand.

El programa de exposición y acción del Congreso fue concebido en dos escalones gradualmente complementarios; o sea, considerar primero las cuestiones demográficas según sus planteamientos nacionales, y después sobre sus repercusiones en lo internacional. Entre lo primero figuraron los temas referentes a las dimensiones sociales, económicas y políticas de los excesos demográficos dentro de cada país. En lo segundo destacaron cuestiones como la repercusión de la población excesiva sobre las relaciones económicas y financieras mundiales; las emigraciones internacionales; las mutuas distribuciones de recursos; los controles de los intercambios de poblaciones; los efectos demográficos sobre el poder político; los posibles medios internacionales de controlar la demografía, etc.

Los autores de los veintitrés trabajos escogidos procedían de ocho países. O sea, los Estados Unidos de América, Holanda, Francia, Italia, Japón, Australia, Israel y la misma República Sudafricana. Se trata de técnicos en Ciencias Políticas, Ciencias Económicas, Demografía, Alimentación y Agricultura, etc.

Los trabajos de todos ellos constituyen otros tantos capítulos. A cada uno acompaña un resumen de las discusiones que siguieron a sus presentaciones.

El conjunto de los temas expuestos constituye una utilísima aportación expositiva y documental, cuya consulta puede ser verdaderamente necesaria para todo análisis posterior de las líneas directrices en todos los problemas demográficos contemporáneos.

A lo largo de todos los estudios reunidos y publicados, es un punto común la convicción de que los rapidísimos y exageradamente extensos aumentos de la población de todos los continentes y casi todos los principales pueblos, después de la segunda guerra mundial, constituye uno de los problemas internacionales más acuciantes y más graves. Problema que debe ser considerado, en primer término, para todos los programas de emergencias rápidas y desarrollo planificado que hagan las Naciones Unidas.

R. G. B.

RAMÓN EDUARDO RUIZ: *Cuba: Génesis de una revolución*. Editorial Noguer, S. A., Barcelona, 1972, 221 pp.

El autor es profesor de Historia en una Universidad estadounidense, y conocedor directo de Iberoamérica. Este libro, el más importante por él publicado, apareció en 1968, es decir, en vísperas de cumplirse el

décimo aniversario de la subida de Castro al poder, motivo por el cual la bibliografía sobre el tema se enriqueció grandemente dada la ocasión. Aun así sigue siendo un magnífico exponente de lo que podemos

considerar el sustrato de la Revolución Cubana. Consta de nueve capítulos, que abordan temas completos. No es, por tanto, histórico en el sentido cronológico, sino sociohistórico en el sentido más amplio del término. Estos temas abordan el problema de las clases sociales y sus respuestas políticas, las raíces del antinorteamericanismo, el profundo significado de José Martí, la tradición socialista, la fracasada revolución de 1933 y el régimen de Batista.

El elemento martiano está siempre presente. Castro, más que rescatarlo, lo potenciaría al máximo. El capítulo en torno a esta figura está logradísimo. Tras una serie de descalabros y frustraciones, vivió catorce años ininterrumpidos en USA, que abandonaría en 1895 para hallar inmediatamente la muerte. No hay equivalente en la historia de Estados Unidos. Para equipararle, dice el autor, «haría falta un ser compuesto de Washington, Jefferson y Lincoln, completado con lo mejor de Henry James, Emerson y Twain». La falta de éxito y su tragedia constante harían de él más bien el antihéroe en USA, mientras que este ser «víctima de lo inevitable» es lo que lo hace tan querido de los cubanos. Setenta y cuatro volúmenes (17 sobre USA) es la obra de esta figura histórica.

Ruiz critica la postura de T. Draper (y otros) al decir que la cubana fue una revolución de clase media, cuando se demuestra que sus elementos estaban en el poder desde hacía décadas, con o sin Batista. Más que de clase media se habla de «sectores medios», a los que se les sacaría una serie de inconexos subsectores. Efectivamente, en Iberoamérica, lo mismo que en más de un país europeo, la clase media (o clases medias), más que constituir, al menos políticamente, algo *per se*, se han comportado como meros apéndices de la alta burguesía o la oligarquía. A veces sus

complejos surgen al no conseguirlo por completo. La Revolución ni tenía «en su timón una clase media consciente de sí misma ni objetivos de clase media bien definidos». Fue Castro y su grupo de jóvenes descontentos, «los más frustrados de los sectores medios», los que imponen su programa, en el que colaboran luego los comunistas. El azúcar y el petróleo provocarían el conflicto con USA. Los campesinos no se unen a los revolucionarios hasta que Castro no ha triunfado. En realidad, el apoyo que podían dar no tenía que ser grande, puesto que en el momento del triunfo Castro contaba con 300 «guerrillas» (aquí el traductor no traduce por focos guerioleros, o más posiblemente, en el original, guerrilleros, tomando la palabra textualmente del inglés, probablemente).

De todas formas, tampoco queda perfectamente explicada la causa (o causas fundamentales). Que la sociedad cubana estuviera mal integrada no dice más que lo que ocurre en otras partes de América Latina. Donde empiezan y terminan los yuxtapuestos «sectores medios» quedan por dilucidar. En cuanto a la renta *per cápita*, que a precios constantes pasa de 228 dólares en 1945 a 134,7 en 1951, 107,1 en 1954 y 120,9 en 1956, más que descubrir que era la segunda de América Latina nos descubre sus tremendas disminuciones, probablemente debidas a las fluctuaciones del azúcar, pero que pueden ser decisivas en la toma de conciencia de los «sectores medios». En todo caso estamos de acuerdo con la conclusión final: «Sin duda las condiciones políticas y económicas de Cuba allanaron el camino para que Castro alcanzase su sorprendente éxito, pero la Revolución habría resultado algo muy diferente sin el liderazgo de este hombre quijotesco y excepcional». Una amplia bibliografía, unas estupendas fotografías y una magnífica im-

presión son alicientes que se unen a la tesis básica del libro: el comunismo lo descubrió Castro sobre la marcha, una vez en el poder prácticamente. Pero si es cierto que aprovechó su organización (la única que

había digna de tal nombre en la isla), también lo es que desmontó las partes más sobresalientes de su superestructura.

T. M. V.

DAVID HOTHAM: *The Turks*. John Murray, London, 1972, 220 pp.

Aunque la moderna República de Turquía desempeñe algunos papeles internacionales tan importantes como el de ser uno de los factores que mejor contribuyen a la preservación de la estabilidad en el Mediterráneo; y a pesar del interés que ofrece la firme estabilidad interna del Estado turco, no suelen abundar las obras que traten de la realidad y la personalidad turcas proyectadas sobre los horizontes del interés mundial. Uno de los motivos que justifican el valor del turquismo contemporáneo, es el de que la actual nación de Turquía kemalista confirme y refuerce el antiguo papel geopolítico natural que hace calificarla de «nación puente entre Oriente y Occidente». Desde luego es una calificación demasiado vaga, que podría ser también aplicada a otros países en otras partes del globo. Pero para Turquía se justifica por varios motivos aparte del emplazamiento. Por ejemplo, el de que sus raíces islámicas siempre arraigadas, coexisten con los vínculos dentro del sistema de la Europa de Estrasburgo.

El libro británico de David Hotham es una obra sencilla que en cierto modo responde a un propósito de divulgación. La formación de dicho autor es principalmente de contacto directo, desde que en la década de 1960 fue corresponsal de *The Times* en Ankara. Sin embargo su libro añade aportaciones de carácter documental, referentes a aspectos internos de la vida turca general y el carácter de los turcos.

Uno de los aspectos esenciales es de las tendencias de pueblo naturalmente guerrero, que los turcos no han perdido jamás. Gracias precisamente a su valentía y su instintiva cohesión, ese pueblo puesto en pie, salvó su territorio esencial de Asia Menor cuando después de la guerra mundial su anterior empeño otomano fracasó, pero quedó en pie el conjunto de las comarcas que sólo habitaban turcos de raza pura o casi pura. Así, el triunfo que dirigió Kemal Atatürk, modeló la nación republicana kemalista bajo unas formas de moda europeas pero con un fondo étnico orgullosamente reconcentrado.

En el funcionamiento de los partidos políticos y de la vida parlamentaria se notan las peculiaridades turcas de concentración, pues todos ellos tienen programas y objetivos nacionalistas, aunque difieran y hasta disientan sus líderes y sus actuaciones. En todos los casos la soberanía y el verdadero poder siguen estando en manos de las fuerzas armadas. El Ejército turco está por encima de las discusiones de la política corriente, y se mantiene como un organismo de control, vigilando el estricto cumplimiento de los rumbos que marcó Atatürk. Porque la presencia del estilo y las consignas del creador de la Turquía moderna, se conservan inalterados cincuenta años después.

También, precisamente gracias al ejército, Turquía ha logrado preservar una paz vigilante en momentos difíciles; como los de las presiones que hubo en torno de sus

NOTICIAS DE LIBROS

fronteras en ocasión de la segunda guerra mundial, después de que Hitler se apoderó de los países balcánicos. Posteriormente fue otro recelo de carácter igualmente defensivo el que hizo que en 1950, en vista de algunas frases expansionistas de Stalin desde Moscú, los gobernantes de Ankara se aproximaron más en compensación a los sectores occidentales, hasta que Turquía entró a formar parte de la OTAN el año 1952.

Los adelantos de las planificaciones económico-sociales, son también objeto de una

detenida exposición en el libro de David Hotham. En conjunto las impresiones generales son optimistas, pero se alude también al hecho de que el incremento demográfico, muy rápido, de la población, anula y neutraliza en parte los progresos agrícolas e industriales.

En conjunto el libro de Hotham presenta ciertas omisiones, y además exagera algunos detalles en cuestiones concretas. Pero resulta bastante útil como base de una aportación divulgadora.

R. G. B.

ANTHONY AUSTIN: *La guerra del Presidente*. DOPESA, Barcelona, 1972, 300 pp. (Colección «Testimonio de Actualidad», 14.)

Suele ocurrir que el estallido de una guerra lleve claras y hasta evidenciadas sus causas próximas; las causas remotas suelen ser más alambicadas y a veces extraordinariamente difíciles de desentrañar debidamente. Los *Papeles McNamara* (o del *Pentágono*) que se filtraron en verano de 1971 trataban de buscar el verdadero origen del involucramiento americano en la guerra de Vietnam hasta situar en aquel terreno medio millón largo de hombres. Si las causas de la mecánica inicial de dicho conflicto están lejos de ser claras, no ocurre lo mismo con la «escalada» que se produjo con motivo de los llamados «incidentes del Golfo de Tonkín», localizados entre el 2 y 4 de agosto de 1964. Si la mecánica de la tramoya es algo confusa, los hechos concretos están bastante clarificados. En todo caso, fueron la causa (es decir, el pretexto) que permitieron al presidente Johnson potenciar enormemente el conflicto, en medio de su campaña electoral. El subtítulo del libro identifica su línea: *La historia de la Revolución del Golfo de Tonkín y de cómo los EE. UU. fueron atrapados en Vietnam*.

El autor, periodista de altos vuelos, no ha tratado de hacer una historia definitiva del asunto, pero sí de dar una explicación amplia y sólida con la documentación y pruebas, y a veces intuiciones y confidencias, de que se dispone. Todo ello conjugado de una manera adecuada y en ocasiones brillante, sin exoterismo ni esoterismo.

Aquellos incidentes llevaron por vez primera a la aviación americana a bombardear objetivos de Vietnam del Norte, operación que ha proseguido *in crescendo*, y sin interrupción apenas, durante años. Pero las pruebas suministradas por los dos destructores norteamericanos afectados por los presuntos ataques de que fueron efecto por lanchas torpederas norvietnamitas son oscuras y contradictorias. El senador Fulbright, que llegó a creer la versión inicial, ha llegado a conclusiones totalmente opuestas, es decir, de que tales ataques, de haberse realizado, habrían sido en aguas territoriales norvietnamitas, o en sus límites, pero todavía se inclina por la inexistencia del ataque.

Si bien el grueso del libro trataría de

abordar y esclarecer estos extremos, el meollo está en otra parte. Reside en que la Casa Blanca aprovechó la ocasión para hacer aprobar arrolladoramente por el Congreso la «resolución de Tonkín». Era el 7 de agosto. Con ello, en realidad, el Congreso daba un cheque en blanco al presidente norteamericano para que adoptara las medidas oportunas. No hubo «declaración» de guerra, ya que ésta corresponde constitucionalmente al Congreso, pero el presidente pudo «hacer» su guerra, cuya moraleja final debía ser el de dar una lección a los norvietnamitas y «servir de ejemplo a cualquier futura agresión comunista en cualquier parte del planeta. Ya es sabido cómo Washington nunca o por lo menos sin que fuera demasiado tarde, ha querido comprender que el conflicto vietnamita se inició con focos locales en el propio Sur por las circunstancias que los propiciaban, y que el Norte acudió a la llamada de sus ideológicamente afines de forma que USA ayudaba crecientemente al corrupto Sur.

Los aspectos constitucionales del problema son relevantes en la obra. Cuando tres años después de los «incidentes», casi día por día, y cuando la presencia norteamericana en Vietnam pasaba por un máximo, el subsecretario de Estado fue interrogado por el Comité de Relaciones Exteriores del Senado, presidido por un mordaz y furioso Fulbright. Lo que habían sido dudas eran ya consistencias. Aunque los incidentes hubieran tenido lugar, lo que siguió no era una réplica improvisada, fruto de la sorpresa, sino algo prefabricado, esperando su aplicación. No hubo declaración de guerra, pero se admite la guerra funcional. En una tremenda llamada de atención, concluye el autor: «Con tanto poder de decisión sobre la guerra y la paz concentrados en manos de tan pocos, el tiránico belicismo de los reyes, que desapareció gracias a las cláusulas de la Constitución, vuelve con disfraz democrático, y la República está en peligro.»

T. M. V.

RAYMOND HUTCHINGS: *El desarrollo económico soviético 1917-1970. Historia y planificación*. Ediciones Istmo, Madrid, 1973; dos vols., 279 y 254 pp.

El título estricto de esta obra no corresponde al conjunto de su contenido real, pues realmente presenta un panorama documental de casi todos los aspectos más dinámicos que constituyen el panorama político de la evolución soviética, tanto en lo interior como en lo internacional. Apoyando la faceta internacional sobre elementos iniciales fundamentales, como el de la formación del Estado y el régimen de la URSS posteriormente al 1917; y otra vez después de la invasión de 1941 por las tropas alemanas hitlerianas.

Un punto básico del libro de Raymond Hutchings (publicado inicialmente en In-

laterra) es el recuerdo de que el marxismo constituye el trasfondo de la historia soviética; y ya es sabido que el punto clave metodológico del marxismo consiste en dar un enfoque económico a todas las manifestaciones de la vida colectiva. Así la exposición de lo acontecido en Rusia y sus anejos desde 1913, comienzo por los capítulos dedicados a la guerra Zarista, la revolución de 1917 y el comunismo de guerra; la restauración posbélica. Luego se señala que el plan quinquenal («Gosplan») desde 1921, fue de hecho el primer intento de tecnificación de conjunto en un país entonces subdesarrollado. Por eso

ha ejercido, posteriormente a la segunda guerra mundial, una enorme fuerza de estímulo y hasta de atracción sobre diversos países del que ha sido llamado o apodado «tercer mundo».

En conjunto, al referirse a los resortes del desarrollo de la Unión Soviética hasta 1970, la referida obra pone especial empeño en exponer previamente las influencias de los antecedentes geofísicos y humanos. Así tanto lo político universal y lo bi-continental de la Unión Soviética basan su significado actual sobre algunas realidades macizas. Como la de que la población de la Unión Soviética supone con mucho la mayor población activa en sectores como el industrial; y que, tanto en extensión territorial como en resultados de la producción, ocupa el segundo lugar en el mundo.

Por otra parte, en la organización y planificación estatal, influyen profundamente los factores de los movimientos y asentamientos de la población activa de la URSS entera, según los últimos datos disponibles. Una población activa en cuya estructura y preparación han influido los niveles y la intensidad de la educación (más o menos técnica), que en veinte años casi ha cuadruplicado el número de habitantes con un nivel de educación superior o medio. Aunque la misma técnica ha de considerarse previamente subordinada a los principios doctrinales formativos del materialismo dialéctico.

Respecto a la acción de las consignas oficiales políticas sobre las actividades

agrícolas, industriales, comerciales, etc., de la población activa, el profesor Hutchins cita frases o consignas como la de que el sistema soviético «eleva hasta su más alto grado el dominio del hombre sobre la Naturaleza, y ofrece la posibilidad de someter sus fuerzas anárquicas hasta un nivel nunca conocido» (según cita de origen ruso directo). El punto clave es el problema de los márgenes que pueden quedar entre la propiedad estatal de los recursos naturales y los equipos industriales en gran escala, y las controladas iniciativas privadas. Por ahora las contradicciones que esto pudiera implicar, se van resolviendo poniendo el énfasis sobre los planes a largo plazo; porque estos planes permiten abarcar un mayor número de objetivos, y reducir la frecuencia de las expresiones autoritarias de la voluntad nacional.

En general el libro de Raymond Hutchins sigue con empeñada continuidad un programa de exposición friamente analítica, sin apasionamientos en ningún sentido. Su autor fue profesor investigador en la Universidad de Australia y, posteriormente, investigador agregado de Economía Soviética en la británica Chatam House. La obra realizada por él se mantiene dentro de líneas rigurosamente informativas; y este es uno de sus rasgos más característicos. Por todo lo cual no puede dejar de citarse la importancia y el espacio que en su libro tienen los anejos bibliográficos y analíticos.

R. G. B.

OLGA PELLICER DE BRODY: *México y la revolución cubana*. El Colegio de México, México, 1972, VIII, 132 pp.

Según la propia autora, este libro es, en gran medida, fruto de la reflexión colectiva del Seminario de Política Exterior

Mexicana del Colegio de México. No se sabe nunca lo que hay de cierto en estas declaraciones preventivas. El objetivo que

analiza es el de las relaciones de la política mexicana hacia la Revolución cubana entre 1959 y 1964, desde la perspectiva de la situación interna de México, coincidiendo por tanto con la presidencia de A. López Mateos y los primeros años de la experiencia castrista en el poder. Con razón puede hablarse de excepción las relaciones entre ambos países, que nunca se cortaron, hasta el punto de ser las únicas que mantuvieron frente a esta que oficialmente se llama Organización de Estados Americanos y que no sin razón puede llamársele también Ministerio de Colonias de Estados Unidos.

México, pese a haber sido reducido a menos de su mitad original por su vecino anglosajón, sigue siendo demasiado grande y está demasiado poblado y, sobre todo, tiene demasiada memoria histórica para plegarse descaradamente a los designios del guardián antirrevolucionario por excelencia en que USA se ha convertido, y no porque precisamente México se defina hoy por sus aristas revolucionarias. Pero toda revolución que imperceptiblemente vaya derivando en un conformismo y hasta en una clara contrarrevolución, sus orígenes suelen sacralizarse y desde ellos operar dialécticamente, tanto como muestra de orgullo de algo que «nosotros ya lo hicimos primero» como recurso dialéctico para sacar adelante algún comprometido comunicado diplomático.

La Revolución mexicana fue mucho más violenta, aunque sólo fuera «social» y no «socialista», que lo fue la cubana; y sin embargo todos vemos en lo que ha ido derivando, sobre todo después de Cárdenas y el clave año de 1938 a efectos petrolíferos *versus* USA, hasta el punto de que algún sector episcopal la acusa de haberse olvidado de sus pretensiones originales.

A mediados de 1962 llegó la apoteosis que a efectos internacionales globales, y

no sólo interamericanos, desembocaría en la crisis de los misiles de octubre. Pero las presiones de los Estados Unidos de Kennedy habían ido incrementándose hasta hacerse casi irresistibles. Con su visita a México en junio, Kennedy tuvo que aceptar que «los fines fundamentales de la Revolución Mexicana son los mismos de la Alianza para el Progreso», así como el principio de la no intervención. Cuando en 1964 llegaba la ruptura de todos los miembros de la internacional interamericana, México siguió su camino solitario, hasta el punto de que el propio Castro declaró que «el actual presidente de México pasará a la historia al igual que el gran presidente Lázaro Cárdenas». Así son las bromas de la unidimensionalidad, en este caso de política exterior.

El libro se divide en tres partes. La primera aborda la política hacia la Revolución cubana tanto teórica como prácticamente; la segunda, la vulnerabilidad económica y sus atenuantes, es decir, las presiones económicas internas y externas que tuvo que sortear México en estos cruciales años; y la tercera, la Revolución cubana y la izquierda mexicana, es decir, cuando ya Cuba había perdido el efecto mágico del impacto masivo y su defensa ya sólo provenía de sectores izquierdistas que igualmente pugnaban dentro del propio México. Unas páginas de conclusiones, que se marcan dentro del ascenso de la derecha mexicana, interpreta el mantenimiento de relaciones mexicano-cubanas como un elemento para consolidar valores del Gobierno mexicano. Pero si la economía mexicana se integra cada vez más con la norteamericana, la posición de independencia de los mexicanos dentro del marco interamericano será también más difícil de conservar.

T. M. V.

CARL J. FRIEDRICH: *Europa, el surgimiento de una nación*. Alianza Editorial, Madrid, 1973, 286 pp.

Tanto el ideario como el programa de los estudios emprendidos para redactar este libro (resultado de una multiplicidad de investigaciones y encuestas) corresponden a propósitos previos de defender y exaltar los ideales paneuropeos; pero con el mérito de que el entusiasmo quede encauzado y contrastado dentro de un cuidadoso empeño de objetividad. El profesor Carl J. Friedrich asistió en 1948 a la celebración del primer Consejo de Europa, y desde entonces quedó muy impresionado al ver que las mejores esperanzas en las futuras relaciones encaminadas hacia el unitarismo, no dependen sólo de las estipulaciones solemnes de los Estados y sus dirigentes, sino también de las contribuciones entusiastas y continuas de muchas personas sueltas. Precisamente las implicaciones políticas de la mayor parte de las iniciativas privadas, han tenido una creciente significación para lograr que la Comunidad Europea progrese hacia una estructura política viable.

Este mismo valor de las aportaciones sueltas de los dirigentes y los investigadores responsables de diversos países, ha servido para que al planear Carl J. Friedrich un estudio panorámico completo sobre las perspectivas del europeísmo utilizase las aportaciones directas e indirectas de un gran número de expertos; sobre todo de Alemania, Suiza, Francia e Italia. La mayor parte de las investigaciones de dichos expertos han sido utilizadas para reunir datos sobre los movimientos sociales que se producen en sentidos europeístas de conjunto. Por ejemplo, estudiando los movimientos de los emigrantes laborales; los de las reacciones de los sindicatos ante la crisis del Mercado Común, el comporta-

miento de los agricultores franceses; el tema de las comunicaciones de masa; el de los matrimonios mixtos entre personas europeas de diversas nacionalidades, etc.

El mismo empeño de conceder primacía a las distintas formas de acciones parciales, es el que hace que los capítulos del libro referido expongan con todo detenimiento varios sectores de acciones parciales dentro del europeísmo de conjunto. Así se dedica atención especial a las comunidades de los negocios (tanto de las empresas como en las asociaciones), a la comunidad agrícola, la laboral, la sindical y la académica. En todas ellas se atiende a las tendencias que se manifiestan en las relaciones individuales respecto al trabajo, a las normas de vida, a las convivencias de grupos étnicos o culturales diversos, etc. De aquí el interés directo de algunos apartados. Como por ejemplo, el referente al papel de los trabajadores extranjeros dentro de los complejos fabriles y agrícolas.

Al final, todos los diversos sectores de investigación y exposición desembocan en unas impresiones fríamente objetivas. Carl J. Friedrich reconoce que el optimismo rosado de los primeros años de los idearios y las instituciones europeístas, ha desaparecido. Pero en cambio considera como un sistema prometedor el hecho de que en casi todos los sectores sociales previamente enumerados, se siga trabajando de un modo callado y tenaz; por quienes no intentan realizar utopías grandiosas, sino sólo subsanar fallos de los hombres de Estado. Al mismo tiempo los lazos económicos han seguido aumentando y apretándose dentro de toda Europa Occidental y de cada uno de sus países integrantes.

La idea fundamental que resume tendencias y perspectivas, viene a ser la de que en Europa, tanto la federación de Estados como el Estado federal deben considerarse como aplicaciones concretas de una forma recurrente de cooperación eficaz y organizada entre grupos. Un orden federal como unión de grupos unidos por uno o más objetivos comunes; una comunidad de comunidades que mantengan sus

existencias distintivas originarias. En todo caso Carl J. Friedrich sostiene que el Estado pequeño y la pequeña comunidad política deben mantener sus posibilidades de supervivencia en un mundo de contactos e intereses cada vez más amplios. Reconociendo al federalismo como un instrumento utilitario para la buena gobernanación coordinada.

R. G. B.

OLOF LAGERCRANTZ: *Reportaje sobre China*. Editorial Anagrama, Barcelona, 1972, 117 páginas, Colección Ediciones de Bolsillo, 205.

El autor, redactor-jefe del periódico sueco más importante, el «Dagens Nyther», dice la ficha de presentación que fue el primer periodista europeo que visitó China tras la Revolución Cultural (aunque, para ser precisos, sería así sin tener en cuenta a los yugoslavos ni a la Agencia France Press, que permanecieron allí durante el espectacular fenómeno). Este pequeño libro de bolsillo recoge los quince artículos de su experiencia. Aunque la Revolución Cultural puede darse por concluida en 1969, este libro ha sido traducido de la edición alemana de 1971.

El reportaje es de lo más normal, sin que virtualmente se aporte nada nuevo, y sí en cambio se presenta superficializado (que es distinto de ágilmente), puntos que deben presentarse y se han presentado con mayor profundidad. Si el lector mediano todavía no conoce nada de nada de lo que ha ocurrido en China, la lectura se sentará bien y le predispondrá para mayores vuelos; si dicho lector está ya más o menos enterado, aunque no esté impues-to, mejor hará empezar por algo más valioso y educador.

De todos los capítulos-artículos (el hombre chino, el campesino, el deporte, la medicina, el soldado, Mao, el culto a Mao, economía, etc.), el que más llama la atención es el titulado Norodom Sihanuk, cuya única razón de ser debe estribar en que es el exiliado de más relieve en China, pero esto es todo. Si este libro hubiese aparecido hace dos y hasta tres años, no nos habría dicho nada espectacular; a estas alturas, no sólo está por demás, sino que el retraso de la edición española lo coge a contrapelo de una serie de acontecimientos, aún no terminados, y que giran en torno al intento de golpe de Lin Piao, con lo cual el capítulo del «soldado» significa que en resumidas cuentas, las leyes de las relaciones cívico-militares no son tan distantes entre China y otros países, y que vienen a dar razón a la interpretación —y advertencias— soviéticas al respecto. En cuanto al culto y el famoso librito rojo, ya está en marcha otra versión, en la que el villano de tanto exceso sería, naturalmente, el tal Lin. Mao ha sido indiscutiblemente un gran líder y sigue siendo el centro de referencia. Pero el problema de la sucesión, que precisamente por haberla dado por resuelta concluyó la Revolución Cultu-

ral (o al revés, si se quiere), está nuevamente abierto. Chou En-lai, su equipo y ex depurados toman el control de la situación. La intendencia en el interior y la

Real politik en el exterior han cogido el relevo a otro tipo de políticas... y de más políticas.

T. M. V.

THEODORE DRAPER: *El nacionalismo negro en Estados Unidos*. Alianza Editorial, Madrid, 1972, 214 pp. (El libro de bolsillo, 357.)

El planteamiento-conflicto del problema negro—que también puede decirse problema blanco—en Estados Unidos es relativamente reciente. Cuando desde Moscú se concibió la política conocida como «el derecho de la autodeterminación de los negros del Cinturón Negro», cogió por sorpresa a la mayoría de los comunistas estadounidenses, incluidos los que ocupaban cargos dirigentes.

El autor, que había acumulado notas sobre la cuestión negra hace ya años y que publicó en un largo artículo en septiembre de 1969, lo amplió en forma de libro más tarde. Su propósito principal es el de relacionar el pasado y el presente del nacionalismo negro norteamericano, que pese a haber sido tan debatido en los últimos años, mucho queda por hacer todavía, por ejemplo, un estudio serio sobre «el padre del nacionalismo negro», el autor Martin R. Delany. Desarrolla su tema en la creencia de que el problema es tanto negro como blanco y debe ser afrontado por ambas razas para «su mutua salvación». Theodore Draper es un consagrado liberal americano, como pudo manifestarlo en su libro, entre otros, titulado *Abuso de poder*.

El resurgir del «nacionalismo negro» constituye uno de los acontecimientos más importantes de la historia de USA en la década de los sesenta, y puede serlo aún más en la presente, como lo demuestran el resurgir de los estudios negros, los pro-

gramas y departamento afroamericanos de las universidades, los múltiples movimientos militantes y activistas, las modas... Lo que no queda claro es el sentido de tales manifestaciones. El conocimiento de las raíces profundas del nacionalismo negro puede ayudar a comprender y afrontar este fenómeno y su auténtica naturaleza. Y esto es lo que hace Draper.

Los antecedentes se remontan a casi dos siglos. Este nacionalismo negro ha tomado dos formas predominantes. Una ha sido la del «migracionismo» o «emigracionismo», que aún tiene cierta supervivencia... sobre todo en la imaginación. La idea tiene tanto origen negro como blanco. La institución de la esclavitud atormentó a algunos hombres de la independencia; muchos no se sentían cómodos con ella, como Jefferson, pero mostrar el sentimiento antiesclavista era una cosa y otra el vivir con los esclavos liberados. A Lincoln se le planteó lo mismo. Liberia había sido ya fundada unas décadas antes, pero absorbió una parte mínima de los libertos. De Jefferson a Lincoln la «colonización» fue la solución favorita del blanco y sirvió de base para el primer movimiento importante de «retorno a África». Ya en el siglo xx el garveyismo llevó al paroxismo la idea, furibundamente atacada—y contraatacada—por Du Bois. «La dificultad estaba en que la nación negra propuesta por Garvey estaba en África, en tanto que aquellos que la iban a constituir estaban en los

Estados Unidos.» Por eso «La República Africana suya se fundó en Nueva York, no en suelo africano».

La segunda forma predominante del nacionalismo negro la denomina «estatismo interior», es decir, que en vez de regresar a Africa se trataría de establecer un Estado independiente dentro de los confines de lo que ahora son los Estados Unidos. También el esquema original fue blanco. Jefferson, y no el primero, se debatió con el problema. Pero el hecho de que las primitivas «trece colonias» fueran extendiendo sus territorios formando nuevos Estados que se incorporaban a la Unión, entre otras cosas, hizo no factible la idea, que cobró bríos nuevamente en el siglo actual.

Su desarrollo abarca más de la mitad del libro, tratando de la nación del Islam, Malcolm X, las Panteras Negras, Poder Negro, la cuestión de la tierra, los Estudios Negros y los «límites» que todos estos planteamientos ofrecen. «¿Cuáles son los límites de la "integración" y el "separatismo" en una sociedad donde aproximadamente el noventa por ciento son blancos y el diez por ciento son negros?» Para Draper el nacionalismo negro—emigración o República negra en USA—no es la respuesta, pero tampoco lo es el orden viejo. No ofrece solución, pero afirma que no la habrá mientras existan enclaves y ghettos negros.

T. M. V.

ISAAC COHEN ORANTES: *Central American Integration, 1950-1968*. Université de Genève, Institut Universitaire de Hautes Etudes Internationales, 1972, XIV, 127 pp. Thèse núm. 222.)

Esta tesis doctoral de un autor centroamericano—guatemalteco—, a diferencia de otras que suelen publicarse en este alto centro de estudios internacionales de Ginebra, se introduce en terrenos muy conocidos. Pero una cosa es que la bibliografía abunde y muy otra es que las obras publicadas aclaren lo que el lector ansioso está buscando. Las obras suelen ser asépticamente jurídicas, técnicamente triunfalistas, unilaterales, o simplemente derrotistas sin mayores demostraciones. La presente es una de tipo crítico, breve, precisa y consecuente. Está concebida desde la moderna perspectiva del estudio de las relaciones internacionales, disciplina que participa de la refundición de varias, al menos parcialmente. En una introducción expone la problemática y la metodología empleada para superarla.

La obra está concebida en cinco capítulos y uno de conclusiones: Centroamérica

(que excluye Panamá) tras la Segunda Guerra Mundial, Centroamérica y la Comisión Económica de América Latina (CEAL), Centroamérica y USA, el programa de integración económica por sectores de actividad (comercio, industrialización, «infraestructura», etc.) de las instituciones. En todo caso, el libro corta al finalizar 1968, es decir, antes de llegar a la segunda fase de esta integración ya que la guerra del «fútbol» entre El Salvador y Honduras tuvo lugar a mediados de 1969. Sin embargo, consideramos que ha habido una suficiente perspectiva de dos años (la tesis fue leída a fines de 1971) para que tal guerra, más que un obstáculo, hubiera sido una incitación para seguir adelante, al menos en un capítulo tentativo.

Una y otra vez se ve la importancia del factor externo para la integración del istmo que une las dos Américas, sobre todo por parte de USA, que cuida y vigila con la

predilección que le es proverbial esta zona y el Caribe. Tanto que hasta consideró a la CEAL como «un entremetido no invitado en asuntos panamericanos». La política norteamericana, aquí como en el Hemisferio, ha sido dualista y no sin contradicciones patentes: por un lado invoca responsabilidades mundiales y con ello justifica su negativa a apoyar a la comisión económica regional, y por otro lado no duda en parapetarse en la Doctrina de Monroe y la existencia de las instituciones interamericanas para oponerse a la CEAL.

La integración de una región que supone 15 millones de habitantes quedaba de

antemano castrada al no tocar los intereses creados, que son básicamente los agrícolas, en cuya actividad trabaja o depende la masa de la población. El haber querido operar con un «costo bajo» ha significado sacrificar las posibilidades grandes a largo plazo con tal de no tener que hacerlo inmediatamente, pero con ello no se ha conseguido prácticamente despegar. Los «técnicos», por su parte, han hecho de su trabajo un fin y no un medio. La integración económica centroamericana, sin ser una parodia, tampoco es nada serio.

T. M. V.

BEATE KOHLER: *Der Vertrag über die Nichtverbreitung von Kernwaffen und das Problem der Sicherheitsgarantien*. Frankfurt/M., 1972, Alfred Metzner Verlag, VII, 207 pp.

Una vez más, las teorías no comulgan con las realidades, la mayoría de los Estados miembros de la ONU no se cansan en afirmar y reafirmar su adhesión al principio de la «seguridad mediante desarme», sólo que este problema queda por resolver, ya que en la práctica poco se ha conseguido, hasta ahora. Este es un hecho probado por la autora del presente libro, que versa sobre la no proliferación de armas nucleares y el problema de las garantías de seguridad. Ya en 1962, las dos superpotencias nucleares propusieron un plan de desarme, claro está, a su manera, a su favor y a expensas de otros países, precisamente de aquellos que pudieran llegar al armamento nuclear por sus propios medios y que, por consiguiente, pondría en duda la supremacía de los Estados Unidos y de la Unión Soviética, que en el Consejo de Seguridad disponían—y siguen disponiendo—de los instrumentos necesarios para neutralizar a los demás «posibles partners nucleares».

La cuestión de la no proliferación difiere sustancialmente de la de control de seguridad, puesto que no todos los Estados están capacitados para fabricar armas nucleares y si, además, se les impone, a través del Consejo de Seguridad de la ONU, una medida restrictiva, entonces resulta que el mundo puede encontrarse en una situación desesperada frente a las potencias nucleares. La firma de un tratado colectivo de no proliferación les expondría a correr un grave riesgo respecto a su propia seguridad nacional y política. Francia y la China comunista se apartarían del proyecto, y en tal caso ya se plantea el problema de cómo impedir una posible arbitrariedad de aquellas potencias nucleares, que no estén dispuestas a someterse al *diktat* de Washington y Moscú.

La mayoría de los países del mundo no poseen armas nucleares y es lógico que por esta tan sencilla razón reaccionaran contra los planes de las superpotencias señaladas. Las críticas giraban en torno a

las garantías de seguridad—de parte de las potencias nucleares—. Simplemente, los Estados no nucleares pedían protección nuclear en caso de ser amenazados o agredidos por terceros países. Condición: a pesar de todo, los Gobiernos de los países no nucleares se reservaban el derecho al respeto de su independencia política. Hasta ahora, los resultados de toda clase de discusiones, dentro y fuera de la ONU, son más bien negativos.

Recogiendo una serie de aspectos históricos del desarme, como por ejemplo, «garantías como regulador de las relaciones internacionales», la autora se ocupa del problema de la no proliferación como instrumento de la política de seguridad para pasar al campo de las negociaciones sobre

la no proliferación conocidas con el nombre de «Conferencia de desarme de los Dieciocho» y en esta relación se refiere a los problemas de seguridad propiamente dichos, desde el punto de vista político-exterior. De especial interés son exposiciones de los casos de la RFA, del Japón y de la India, seguidas de la Resolución del Consejo de Seguridad del 19 de junio de 1968, así como del Tratado de no proliferación de armas nucleares, de 1 de julio de 1968, y que consta de XI artículos. Para más detalles se inserta una abundante bibliografía. La obra es fruto de las investigaciones del Instituto de la Sociedad Alemana de Política Exterior, de Bonn.

S. G.

DIETER MAHNCKE: *Berlin im geteilten Deutschland*, München-Wien, 1973, R. Oldenbourg Verlag, 325 pp.

La situación de Berlín como consecuencia de los resultados de la II Guerra Mundial se ajusta al *status quo* en Europa desde el punto de vista político y jurídico. Prácticamente se recoge en el presente libro todo lo relativo a Berlín, desde 1945 hasta 1972, incluyendo el Convenio Cuatripartito del 3 de septiembre de 1971.

Durante la década sesenta, Europa fue tomando conciencia de que el *status quo* gana terreno progresivamente en la opinión pública y en los medios políticos. Ya no podía tratarse de una situación transitoria, sino más bien prefijada e impuesta para que perdure durante mucho tiempo. Grosso modo, Europa experimenta tres etapas en la concepción de dicho *status quo*: durante los años cincuenta, la opinión que prevalece y la política que se practica es la de una esperanza de restablecimiento del orden anterior, es decir, de superar

la división de Europa y de Alemania; en los años sesenta se observa un cambio mental hacia la aceptación de la situación vigente y, finalmente, la década setenta parece ser la que decretará, más o menos definitivamente, esta situación incluso en forma de tratados internacionales multilaterales. El objetivo de la Conferencia de Helsinki es una empresa, de la cual va a salir un resultado para unos cincuenta años, por lo menos. La situación de la antigua capital germana es la misma.

La postura occidental claramente anti-comunista de los años cincuenta impidió la expansión soviética hacia el Oeste, sólo que a continuación pierde su fuerza inicial provocada, por cierto, por los propios soviéticos con el bloqueo de Berlín, en 1948-1949. En Alemania, el *status quo* viene aceptándose desde la formación de la Gran coalición (CDU/CSU-FDP) en 1966. Esta

NOTICIAS DE LIBROS

tendencia constituyó la base de la actual OSTPOLITIK del Gobierno SPD/FDP, de Brandt y Scheel, a partir de 1969. Junto al Convenio Cuatripartito sobre Berlín figura una serie de instrumentos que confirman la distensión en Europa sobre la base de los Tratados de Moscú, Varsovia, el *Grundvertrag* interalemán y últimamente el Tratado de Praga. La aceptación de la existencia de dos Estados alemanes y aparte de Berlín significa, al mismo tiempo, la

aceptación de la hegemonía soviética en toda la órbita de la Europa Oriental.

Paso a paso recoge el autor los aspectos histórico, político, jurídico y económico del problema de Berlín, para terminar con la publicación del texto del Convenio Cuatripartito y de los acuerdos complementarios sobre tránsito, viajes y visitas.

S. G.

